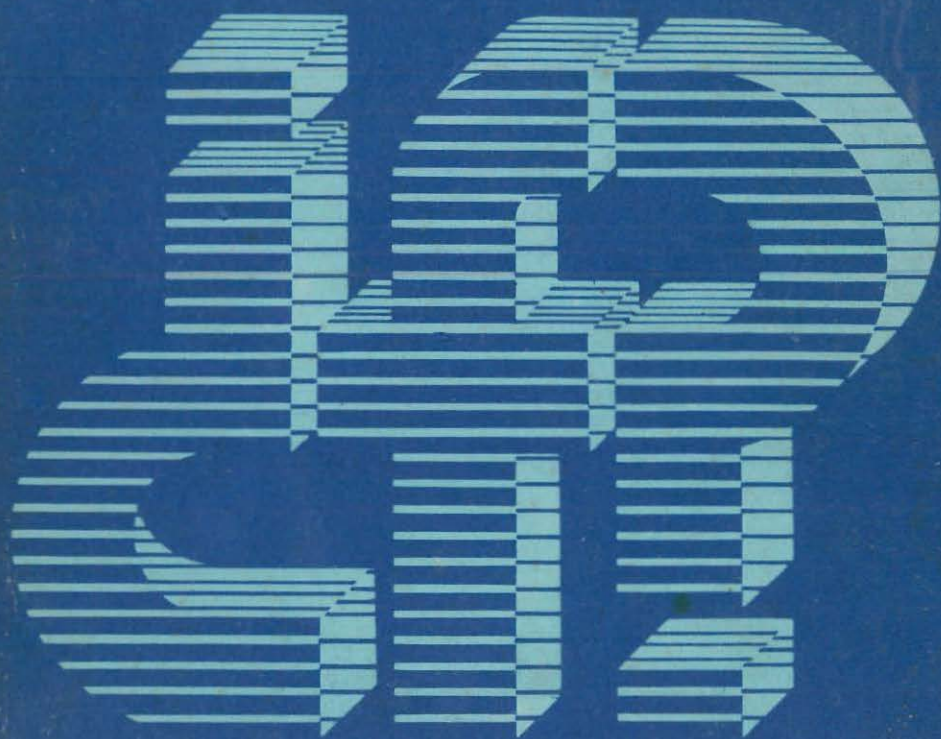


¿Es ciencia la filosofía?

Felipe Sánchez Linares



¿Es ciencia la filosofía?

Felipe Sánchez Linares



EDITORIA POLITICA / La Habana, 1988

Edición: *Ana María Mariña*
Diseño: *Luciano Martínez*
Corrección: *María C. Ramos y Olga M. López*
Realización: *Alberto Olivera*

© Felipe Sánchez Linares, 1988
© Sobre la presente edición:
Editora Política, 1988

Editora Política
Belascoaín No. 864, Ciudad de La Habana, Cuba

EN
un
cip
tos
ne
fil
ro
ter

pa
y
cu
na
se
en
ter

fes
de
es
ne



Índice

Introducción	1
Capítulo 1. Filosofía-ideología	7
Capítulo 2. Ideología-valor	23
Capítulo 3. Ciencia-ideología-valor	39
Capítulo 4. Filosofía-ciencia	59
Capítulo 5. A modo de conclusión	139
Anexo	159

del conocimiento. En primer lugar, se parte de la definición del objeto de la lógica *dialéctica*, dándole mayor significación a la contraposición de esta con la lógica formal, que a la contraposición entre una lógica filosófica marxista y, consecuentemente, materialista, y una lógica filosófica idealista. Esto, además de despojar a la función lógica de la filosofía marxista-leninista de su indeclinable partidismo filosófico, la reduce a los límites de las formas del pensamiento (y por lo tanto de la lógica formal), pues las categorías filosóficas no son filosóficas por ser simples depositarias del saber, sino que son depositarias del saber filosófico en tanto generalizaciones del conocimiento que emerge de la respuesta que la filosofía aporta a su objeto.

En segundo lugar, una vez que se considera “demostrado” que el pensamiento teórico contemporáneo es el objeto de la lógica dialéctica, se razona lógicamente: a) si lo que quedó de la filosofía tradicional es —según Engels— la ciencia del pensamiento y sus leyes: la dialéctica, la lógica y la teoría del conocimiento; b) si existe una identidad entre la lógica, la dialéctica y la teoría del conocimiento, pues —como afirmara Lenin— no hacen falta tres palabras: es una y la misma cosa, entonces; c) el objeto, de la lógica dialéctica es el objeto de la filosofía marxista-leninista.

Todo lo anterior —a lo que nos hemos referido a modo de ilustración— se resume en el capítulo sobre la relación filosofía-ciencia, al que anteceden los capítulos sobre la relación filosofía-ideología, ideología-valor y ciencia-ideología-valor, en todos los cuales fijamos nuestra posición sobre aspectos siempre presentes en la polémica filosófica. Después del capítulo final —en el que, a modo de conclusión, reflexionamos sobre la revolución científico-técnica contemporánea y sobre la revolución social comunista, considerando que estos dos factores actúan como parámetros reguladores del saber humano **actual— hemos incluido tres trabajos del candidato a doctor, José R. Fabelo, sobre la teoría marxista-leninista de los valores; el factor valorativo en el conocimiento científico y sobre la dialéctica de lo general y lo particular en la verdad valorativa.** Conside-

ramos que estos trabajos serán de una extraordinaria importancia para los especialistas y estudiosos de la filosofía, pues la literatura filosófica marxista que se ha publicado en nuestro país aborda la esfera axiológica, preferentemente desde el ángulo de los valores morales, o en el marco de la crítica a concepciones filosóficas burguesas, pero no abundan los artículos donde se analicen los valores como un sistema, con un criterio analítico y en una exposición positiva.

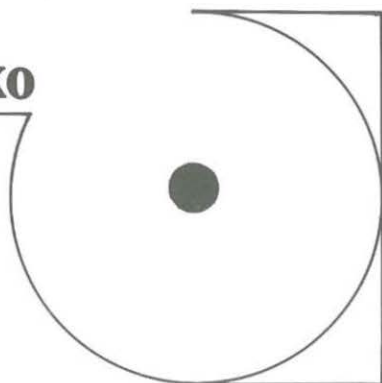
El libro cuenta con una suficiente referencia bibliográfica, aunque hemos tratado de apartarnos en lo posible del exceso de citas y del comentario a que ello nos obliga, lo cual convierte a los libros, por una parte, en crónicas interminables y por otra, en volúmenes extensos y densos, todo lo cual conspira contra el objetivo esencial del autor. La originalidad y, sobre toda la creatividad, son metas extraordinariamente difíciles de alcanzar y no entran en las aspiraciones de quien, como yo, consagra sus mayores empeños en transferir y divulgar el pensamiento esclarecido de los clásicos del marxismo, de los geniales conductores del socialismo y el comunismo en el mundo y, especialmente, de los dirigentes de nuestra revolución socialista.

DE
cim
inse
gen
pec
últi
güe
un
mie
cuy
de

tos
duc
de
cim
de
inse
los

1 v
ca

Anexo



Acerca de la teoría marxista-leninista de los valores

En los últimos tiempos los problemas vinculados a los valores, la valoración y las relaciones valorativas atraen cada vez más la atención de los filósofos marxistas. Esto no es casual, es el resultado, a nuestro entender, de la influencia de dos factores fundamentales: en primer lugar, la necesidad del análisis crítico de la filosofía burguesa, en la cual el problema de los valores por lo general ocupa un lugar central; en segundo lugar, y estrechamente vinculado con este primer aspecto, la necesidad teórica que tiene la propia filosofía marxista-leninista de esclarecer la esencia de estos fenómenos, así como el lugar que ocupan y el papel que desempeñan en la vida social.

Sin pretender un análisis integral y acabado de esta problemática, el objetivo del presente trabajo consiste en establecer las bases metodológicas fundamentales de la concepción marxista-leninista de los valores en contraposición a las diferentes teorías axiológicas burguesas.

Los problemas axiológicos interesan a los filósofos desde los tiempos antiguos. A pesar de que el propio término axiología (del griego *axia*, valor y *logos*, estudio, tratado) comenzó a utilizarse solo a comienzos del siglo XX, ya desde los tiempos de Sócrates, estos problemas (en particular, el significado

de conceptos tales como la belleza, el bien, el mal, etc.) son objeto de análisis de la así llamada "filosofía práctica". Sin embargo, es solo en la segunda mitad del siglo XIX cuando el estudio de los valores ocupó un lugar propio e independiente en la filosofía burguesa convirtiéndose en una de sus partes integrantes. El crecimiento del interés de los filósofos burgueses hacia los problemas axiológicos fue producto de una serie de causas sociopolíticas, en particular, la agudización de las contradicciones inherentes a la sociedad capitalista y el intento de sus ideólogos de justificar y eternizar el ficticio sistema de valores de la burguesía.

El desarrollo de la axiología burguesa contemporánea comienza en el seno del neokantismo (Escuela de Friburgo o de Baden), el cual declara el concepto de valor como el objeto fundamental de la filosofía (Windelband, Riskert). Pero la tendencia a absolutizar este concepto es propia también de otras corrientes filosóficas. De ellas la más propagada es la llamada corriente fenomenologista, vinculada principalmente a los nombres de Max Scheler y Nicolai Hartmann. Estas constituyen las doctrinas idealistas objetivas fundamentales en axiología, las cuales tienen mucho de común con la concepción teológica de los valores. Contra el apriorismo y el normativismo de la axiología idealista objetiva intervienen las escuelas idealistas subjetivas del positivismo y el existencialismo. Desde el punto de vista existencialista, por ejemplo, los valores constituyen "estructuras existenciales" de la personalidad, gracias a las cuales esta puede actuar libremente.

Los extremos representados por la axiología idealista objetiva e idealista subjetiva los intenta superar la doctrina naturalista, la cual pretende ocupar una posición intermedia entre estas dos tendencias. El naturalismo y el empirismo axiológico es defendido fundamentalmente por los pragmatistas, y en particular, por la concepción pragmático-instrumental de los valores, en la cual se combina la concepción biologicista de los problemas axiológicos con un evidente subjetivismo. La axiología naturalista actúa en alianza con las doctrinas freudianas

acerca de las necesidades como instintos (el líbido, la voluntad de poder, etc.) y de ahí el papel reaccionario que ella, en lo fundamental, desempeña.

Al referirse, fundamentalmente, a la vida social, la axiología burguesa surge y se desarrolla en contraposición a la concepción materialista de la historia, es decir, a la comprensión del desarrollo social como proceso sujeto a leyes objetivas. De ahí el carácter irracional y anticientífico que, en su conjunto, es inherente a las doctrinas axiológicas burguesas. Por esta razón, a pesar de la presencia de algunos elementos positivos aislados (como es el planteamiento mismo de diversos problemas), la discusión continuada hasta nuestros días del asunto de los valores y la valoración en la filosofía burguesa no solo no ha conducido a la comprensión científica del problema, sino que más bien ha constituido un obstáculo en la consecución de este objetivo.

Durante un largo tiempo (más o menos hasta mediados de los años 50 del siglo XX) de la axiología se ocupaban fundamentalmente los representantes de la filosofía burguesa. Esto, por supuesto, no quiere decir que la filosofía marxista fuese totalmente indiferente a estos problemas. Ella los estudiaba, aunque no de forma independiente, sino en íntima relación con otros más importantes para esos tiempos. Así tenemos que los clásicos del marxismo-leninismo, por ejemplo, no se detuvieron especialmente en el examen de los valores y la valoración; sin embargo, ellos crearon el fundamento metodológico para la solución científica de estos problemas. En este sentido tiene una importancia metodológica enorme para la teoría científica de los valores la elaboración por ellos de tales aspectos como el estudio de la correlación de lo objetivo y lo subjetivo en el desarrollo social, lo cual constituye la base para la comprensión científica de la objetividad de los valores; el análisis crítico de todo el sistema de "valores" de la sociedad capitalista, que sirve de fundamento para el reconocimiento de los verdaderos valores de la humanidad; el postulado leninista acerca de la posibilidad de una valoración de determinado fe-

nómeno diferente, en dependencia de la pertenencia de clases del sujeto valorante; la doctrina leninista de la coincidencia de las valoraciones subjetivas de clase del proletariado con la necesidad objetiva del desarrollo social; y otros importantes postulados y señalamientos de los fundadores del marxismo-leninismo, sin hablar ya de la teoría marxista de *El capital*, que constituye al mismo tiempo la teoría científica de los valores económicos y la base metodológica para la elaboración por los filósofos marxistas de la teoría general de los valores.

En la actualidad, el problema axiológico se trabaja activamente por los filósofos de la URSS y otros países socialistas. Como resultado se desarrolla exitosamente la concepción científica, basada en el marxismo-leninismo, de los valores y la valoración la cual ha dado respuesta científicamente fundamentada a toda una serie de problemas claves de la axiología. Sin embargo, muchos aspectos siguen siendo objeto de discusión y necesitan ulterior elaboración.

Entre ellos se pueden señalar los siguientes: el problema de la correlación entre las valoraciones y los valores, el mecanismo de reflejo de estos últimos en la imagen valorativa, la correlación entre los conceptos valor y significación y muchos otros. En el presente trabajo haremos un intento de darles respuesta a algunos de estos problemas.

Ante todo trataremos de establecer cuál es la naturaleza propia de los valores. ¿Representan acaso un producto del intelecto y la voluntad del hombre? O, ¿constituyen una esencia ideal, la cual se objetiva y existe a través de los tiempos? ¿Es tal vez un fenómeno que es al mismo tiempo objetivo y subjetivo? O, ¿es por el contrario un fenómeno objetivo producto de la actividad práctica de los hombres?

Los filósofos marxistas rechazan tanto la interpretación idealista objetiva como la idealista subjetiva de los valores. Sin embargo, está bastante extendido entre ellos el punto de vista, según el cual los valores por su naturaleza constituyen la unidad de lo objetivo y lo subjetivo. Por cuanto los valores surgen en la relación sujeto-objeto —afirman los autores que

sostienen este punto de vista—, ellos son por un lado objetivos, ya que dependen de las propiedades objetivas de los fenómenos; y por otro, subjetivos, puesto que están determinados por la correspondencia de esas propiedades objetivas con las necesidades e intereses del hombre y por lo tanto dependen del sujeto y de sus particularidades. En opinión, por ejemplo, de V. P. Tugarinov las propiedades del objeto no dependen por sí mismas del sujeto, pero por cuanto ellas se toman en su relación con las necesidades e intereses de los hombres, es decir, como valores, representan la unidad de lo objetivo y lo subjetivo. “Afirmar —señala Tugarinov— que los valores son solo subjetivos es tan incorrecto como afirmar que son puramente objetivos.”¹

Es cierto que los valores surgen solo en la relación sujeto-objeto, en la cual el objeto o fenómeno resulta significativo para el hombre y sus necesidades. Sin embargo, de aquí aún no se deduce que los valores posean una determinación objetiva-subjetiva como afirma V. P. Tugarinov y otros filósofos.

Como es conocido, ya desde los tiempos de Kant las categorías sujeto y objeto expresaban la relación gnoseológica del sujeto cognoscente con el objeto del conocimiento. En la filosofía marxista-leninista, por su parte, esta relación sujeto-objeto se toma ante todo como una relación práctico-objetal, sobre la base de la cual surge la relación cognoscitiva o gnoseológica. Esta distinción entre la forma práctica y la cognoscitiva de la relación sujeto-objeto* es de vital importancia para la comprensión de la naturaleza de los valores. Ella permite relacionarlos con la actividad práctico-material de los hombres, con el proceso de su vida real.

Los valores surgen *no* en la relación gnoseológica del sujeto con el objeto (esto no quiere decir que los valores no

¹ V. P. Tugarinov: “La filosofía marxista y el problema del valor”. *El problema del valor en la filosofía*. Moscú-Leningrado, 1966, p. 16 (en ruso).

* No olvidemos el carácter relativo de esta distinción, ya que en su funcionamiento real la relación cognoscitiva y la relación práctica del sujeto con el objeto están estrechamente vinculadas, se condicionan y penetran mutuamente, aunque el papel determinante lo desempeña la relación práctica.

puedan participar en dicha relación), sino en la relación práctica entre ellos. Los valores existen como tales no porque sean objeto del reflejo cognoscitivo, sino porque son resultado de la actividad práctica de los hombres.

Este enfoque nos permite salvar la dificultad que condujo a varios filósofos a afirmar que los valores constituyen una unidad de lo objetivo y lo subjetivo. Los valores son objetivos porque objetiva es la actividad práctico-material de la cual ellos surgen. Este punto de vista es, tal vez, el más difundido entre los filósofos marxistas y es, a nuestro entender, el que posee un carácter más consecuentemente científico. Pero tratemos de concretar más nuestra comprensión de la naturaleza objetiva de los valores.

El hecho de que los valores surjan y participen en la actividad práctico-material de los hombres provoca que ellos adquieran una connotación social. En el proceso de trabajo —principal actividad práctica humana— el hombre realiza y desarrolla sus capacidades, sus fuerzas esenciales, según expresión de Marx, pero al mismo tiempo, encarna en el producto del trabajo el conjunto de relaciones sociales que conforman su ser social. Al asignarles a los fenómenos naturales un lugar específico en su propio ser, al incluirlos en la estructura social, el hombre los obliga a servirle como espejo en el que se refleja su propia naturaleza.

Como resultado de la actividad de la sociedad, el ser de estos fenómenos se va haciendo gradualmente más y más social, en la medida en que dicho fenómeno adquiere determinadas funciones que son importantes para la sociedad. Al ser incluido en el sistema de relaciones sociales, el objeto se subordina a las leyes que imperan en dicho sistema y todo el desarrollo ulterior de su ser social va a estar determinado por el desarrollo de las propias relaciones sociales.

De esto, por supuesto, no se desprende que el ser social de los objetos sea indiferente con relación a su ser natural. La función social de uno u otro objeto o fenómeno en gran medida depende de sus propiedades químicas, físicas, mecáni-

cas, etc. Estas propiedades, al ser descubiertas por el hombre, hacen posible la utilización de las sustancias y fuerzas naturales en el proceso de producción de instrumentos y objetos necesarios para la satisfacción de las necesidades humanas. Pero así y todo, el papel determinante en la socialización del ser de los fenómenos lo desempeña no su ser natural, sino la práctica histórico-social en la cual está incluido el objeto dado.

En el ser social de los objetos se conjugan dos rasgos o aspectos: por un lado la encarnación de las relaciones sociales, por el otro, la adquisición de significación social o valor (más adelante nos detendremos en el análisis comparativo de estos dos conceptos, por el momento lo utilizaremos como sinónimos). Estos dos rasgos o aspectos se condicionan mutuamente. Sin poseer significación social los objetos no podrían servir de medio de "cosificación" de la naturaleza humana, y por el contrario, los fenómenos no pueden ser significativos si ellos no son incluidos en el sistema de relaciones sociales.

Esta significación social, adquirida por los objetos en el proceso de su inclusión en la actividad práctica de los hombres, constituye el objeto del reflejo valorativo. Tal enfoque desde su mismo comienzo tiene en cuenta la relación entre la significación de los objetos y las necesidades, intereses y objetivos del hombre. En realidad, significativo, valioso, es aquello que de una u otra forma afecta nuestras necesidades. Para un individuo cualquier objeto pierde su significación, su valor, cuando deja de interesarle, cuando deja de servir a la satisfacción de sus necesidades. Esta circunstancia no pocas veces ha servido de fundamento para la afirmación de que la significación o los valores constituyen un fenómeno subjetivo, o en el mejor de los casos, objetivo-subjetivo. Evadir esta conclusión es posible solo con un enfoque dialéctico del problema.

Al afirmar que las necesidades del hombre desempeñan un papel determinante en el surgimiento de los valores, tenemos que tener en cuenta que los objetos introducidos en la

esfera de las relaciones sociales, por lo general son ellos mismos, un producto del trabajo humano. La actividad laboral siempre es consciente, siempre está dirigida a la consecución de determinados objetivos, a la satisfacción de determinadas necesidades, lo cual es un resultado directo de la actividad subjetiva del hombre. Sin embargo, esto no quiere decir que los valores, consecuencia de dicha actividad, sean también subjetivos. Estos están determinados por las necesidades de la sociedad y no por la necesidad de un individuo aislado. Este último puede ser indiferente a uno u otro tipo de metal, a determinados recursos minerales, pero esto no quiere decir que este metal y estos recursos minerales sean indiferentes para la sociedad en su conjunto. Las necesidades humanas encuentran realmente reflejo en la significación social y los valores, pero ocurre esto a través de la actividad práctica de los hombres. En el proceso de producción, en el curso de la práctica social, el hombre materializa en el producto del trabajo sus objetivos e intereses, los cuales, a su vez, son expresión de sus necesidades. Pero estas, al mismo tiempo, no son las necesidades de un productor aislado, son necesidades sociales. En el producto del trabajo el hombre encarna su esencia, "...pero la esencia humana no es algo abstracto inherente a cada individuo. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales".² La significación social o valor es por tanto expresión del ser social de aquellos fenómenos, que han sido incluidos en el sistema de forma históricamente determinadas de actividad humana. Los valores constituyen una función de los fenómenos objetivos consistente en la posibilidad de servir de alguna forma a la actividad práctica de los hombres. Por cuanto la práctica (y su fundamento, la producción material) representa un proceso objetivo, por tanto la significación social, los valores, que expresan las necesidades objetivas de la sociedad, surgen y existen independientemente de la voluntad y la conciencia de los hombres.

² C. Marx: "Tesis sobre Feuerbach". C. Marx y F. Engels: *Obras escogidas* en tres tomos. Editorial Progreso, Moscú, 1976, t. 1, p. 9.

A veces se emite la opinión de que el carácter objetivo de los valores está condicionado por la circunstancia de que como sujeto valorante actúa ante todo la sociedad (los grandes grupos de hombres, las clases) y que por esta razón las necesidades que determinan el contenido de los valores son, en primer orden, las necesidades de la sociedad.³ A pesar de que el resultado de estos razonamientos, en general, coincide con el punto de vista que nosotros acabamos de exponer, el mecanismo por medio del cual las necesidades de la sociedad, se impregnan de la significación de los objetos no recibe aquí una explicación lo suficientemente exacta. El problema consiste en que como sujeto de la valoración pueden actuar no solo la sociedad y los grandes grupos sociales, sino también el individuo aislado. En la vida cotidiana nos encontramos ante todo con valoraciones, cuyo sujeto directo es precisamente el individuo. Si coinciden o no sus valoraciones con las valoraciones de la sociedad, o de la clase a que pertenece, esto es otro asunto. Pero el hombre constantemente, en cada situación concreta, valora los objetos del mundo que lo rodea, y los valora de acuerdo con sus propias necesidades. La significación social o valor posee carácter objetivo no porque el sujeto de la valoración sea la sociedad, sino porque las necesidades de la sociedad impregnadas en el sistema de relaciones sociales, en el cual está incluido el objeto dado. Estas necesidades, por su parte, son objetivas, son expresión de las tendencias reales del desarrollo social, constituyen el resultado de la necesidad histórica. El contenido de estas necesidades se forma, en última instancia, sobre la base de la síntesis de las necesidades individuales de muchos miles de millones de hombres pasados, presentes y futuros.⁴

Hasta aquí nos hemos referido al carácter objetivo que poseen los valores de los objetos y fenómenos de la realidad circundante.

³ Véase A. M. Korchunov: *Reflejo, actividad, conocimiento*. Moscú, 1979, p. 151 (en ruso).

⁴ Véase F. Engels: *Anti-Dühring*. Editora Política, La Habana, 1963, p. 106.

Sin embargo, como es conocido, en valor pueden convertirse también determinadas formaciones espirituales como son las ideas, las teorías, etc. Surge la pregunta: ¿constituyen estos fenómenos espirituales valores objetivos? Por ejemplo, los ideales de uno y otro grupo social, clase o la sociedad en su conjunto poseen determinada significación social, ellos pueden actuar en calidad de valores. El socialismo se convirtió en valor mucho antes de su materialización real en un determinado sistema socioeconómico. Ya poseía una enorme significación social cuando solo existía en la conciencia de los hombres en forma de ideal o de teoría científica. Ya en ese entonces millones de hombres luchaban por su materialización, por su conversión en realidad. Y este no es un ejemplo único. En el socialismo se construye planificadamente la nueva sociedad, planificadamente se crean los nuevos valores, y esto quiere decir que ya estos valores existían de antemano en la conciencia de los hombres. Y, en general, el hombre siempre actúa en función de determinados objetivos, en función de la realización de determinadas ideas, las cuales, por su parte, son siempre de una u otra forma significativas para la sociedad y su desarrollo.

A primera vista da la impresión de que en los valores espirituales el papel del factor subjetivo aumenta significativamente hasta convertirse en el factor determinante, ya que estos valores no poseen aún una existencia material. Sin embargo, la significación social de los fenómenos espirituales, siendo subjetiva por su existencia, es tan objetiva como la de los fenómenos materiales por su determinación y proyección social. Su objetividad viene dada, una vez más, por el hecho de que la significación social de determinadas ideas, ideales, teorías, etc., está determinada no por los intereses y necesidades de una u otra persona concreta, sino por los intereses y necesidades de la sociedad en su conjunto. Por esta razón, los ideales de determinada clase, grupo social o persona se convierten en valores en la misma medida en que se corresponden con las tendencias del desarrollo social. El socialismo en cali-

dad de ideal representa un valor porque en él se encarnan las necesidades objetivas del progreso histórico. En resumen podemos decir que los valores espirituales son las tendencias del desarrollo social expresadas en forma ideal, son los intereses de la sociedad traducidos al plano de la conciencia social.

A veces, al consultar la bibliografía sobre el tema axiológico, encontramos la opinión de que los valores constituyen el objeto de reflejo de la valoración. Ciertamente, valor y valoración constituyen conceptos íntimamente vinculados entre sí, que poseen, incluso, raíces etimológicas comunes. Además, es correcto decir que los valores se reflejan en la conciencia de los hombres en forma de valoraciones. Pero aquí es necesario aclarar que el objeto de reflejo de la valoración no se reduce a los valores. De ahí la necesidad de diferenciar los conceptos valor y significación social. Por valor, generalmente, se entiende la capacidad que poseen determinados objetos y fenómenos de la realidad objetiva de satisfacer alguna necesidad humana, es decir, la determinación social de estos objetos y fenómenos, consistente en su función de servir a la actividad práctica del hombre.

Al observar esta definición, puede parecer que valor y significación social son una misma cosa. Y realmente, aquello que es valioso es significativo. Pero no a la inversa, no toda significación social representa un valor. Valor es una forma de significación social, es solo aquella significación que desempeña un papel positivo en el desarrollo de la sociedad y que por lo tanto está relacionada, directa o indirectamente, con el progreso social. En otras palabras, si las valoraciones pueden ser positivas y negativas como reflejo subjetivo de la significación social, los valores solo pueden ser positivos.

Claro, los valores no siempre se reflejan en forma de valoraciones positivas, ellos pueden ser objeto de una valoración negativa, pero en tal caso, esa valoración no es verdadera, sino falsa, puesto que no se corresponde con la verdadera significación social del fenómeno. Por otro lado, la valoración puede también reflejar aquellos fenómenos que objetivamente poseen

una significación negativa para el desarrollo de la sociedad y por lo tanto no son valores. Es por esta razón que deben distinguirse los conceptos valor y significación social.

De tal forma, como se desprende de todo lo anteriormente dicho, la práctica y, ante todo, la producción material constituyen el fundamento de que los objetos y fenómenos de la realidad adquieran una significación social y se conviertan en valores. La mayoría de estos objetos son producto de la actividad laboral humana, en cuyo proceso ellos se revisten de una marcada connotación social. ¿Quiere decir esto que pueden convertirse en valores solo los objetos que son producto del trabajo humano?

No, en valor pueden convertirse no solo los objetos creados artificialmente, sino todos aquellos objetos naturales que, sin ser resultado del trabajo del hombre, intervienen en la actividad material creadora de este. Un lago natural y una presa artificial pueden ser iguales en cuanto a su significación social a pesar de que la presa es producto del trabajo humano y el lago no. A este respecto escribe el filósofo checoslovaco V. Broschik: "Es cierto que solo el hombre crea las relaciones que él establece con otros hombres o con los objetos (...) Es cierto que solo el hombre crea los valores, pero gracias a esta creación adquieren también carácter de valor aquellos objetos que él mismo no creó y que son asunto de la naturaleza."⁵ Por eso, en socialmente significativo se convierte absolutamente todo lo que directa o indirectamente participa en la práctica social, sea producto de las aspiraciones conscientes de los hombres, o por pura casualidad.

A veces es emitida la opinión de que las relaciones valorativas son características de la interacción de todos los sistemas materiales independientemente del nivel a que estos pertenezcan.

"La categoría valor —escribe V. A. Vasilienko— descubre uno de los momentos esenciales de la interdependencia

⁵ V. Broschik: *La teoría marxista de la valoración*. Moscú, 1982, pp. 48-49 (en ruso).

universal de los fenómenos, y precisamente, el momento de significación de un fenómeno para otro..."⁶ Este mismo punto de vista, aunque en una interpretación más estrecha defiende V. V. Grechani: "En una comprensión más abstracta, la categoría valor puede utilizarse para caracterizar todos los complejos sistemas autorregulados (...) incluidos los complejos sistemas biológicos y técnicos."⁷ Tal opinión extrae la problemática de los valores del radio de acción del hombre y sus relaciones con el mundo que lo rodea, es decir, está fundamentada en la aceptación de la presencia de valores y valoraciones en las formas inferiores, no sociales de movimiento de la materia.

Hay que decir que tal punto de vista no está exento de determinados fundamentos. Muy a menudo, por ejemplo, en la biología el concepto valor se utiliza para designar los factores del medio externo que son útiles o positivamente significativos para el ser vivo. Al mismo tiempo, a veces se llama valoración a la capacidad del organismo de diferenciar las condiciones ambientales desde el punto de vista de su carácter perjudicial o útil. Frecuentemente también el concepto valor sirve de base en la cibernética cuando se trata de la clasificación de los hechos, acontecimientos o circunstancias por su significación.

Como ya fue mostrado, los conceptos significación y valor, a pesar de estar estrechamente relacionados, no son idénticos. El concepto significación es más amplio que el de valor, ya que incluye los antivalores con significación social negativa.

Pero al mismo tiempo es más amplio en otro sentido. Significativos no solo pueden ser determinados objetos y fenómenos para el hombre, sino también estos mismos objetos con relación a otros objetos. Como significativa puede caracterizarse, por ejemplo, la relación de determinado fenómeno para con uno u otro organismo vivo. La luz solar, la temperatura del

⁶ V. A. Vasilienko: "Valor y relaciones valorativas". *El problema del valor en la filosofía*. Moscú-Leningrado, 1966, p. 42 (en ruso).

⁷ V. V. Grechani: "Significado filosófico y metodológico de la categoría valor". (Resumen de la tesis de candidatura.) Leningrado, 1974, pp. 10-11 (en ruso).

aire, la humedad de la atmósfera constituyen factores importantísimos (y por lo tanto poseen una enorme significación) para la conservación de la vida en determinadas especies de animales y plantas. Surge la pregunta: ¿pueden ser considerados estos fenómenos como valores?

Reconociendo la complejidad de este problema, nos parece incorrecto el enfoque de aquellos autores que consideran las relaciones valorativas propias de la interacción entre los objetos o para caracterizar los complejos sistemas autorregulados. La extensión del contenido de la categoría valor a las relaciones entre los animales, e incluso entre las cosas, no puede conducir al esclarecimiento de dicha categoría. Este punto de vista ignora el sello social distintivo que poseen los valores, y su aplicación consecuente conduce (sobre todo en el caso de su variante más amplia) a la comprensión del valor como una propiedad universal de la materia y a la confusión de las relaciones valorativas con las relaciones causa y efecto, ya que, bien miradas las cosas, todos los objetos y fenómenos de la realidad objetiva existen en concatenación con otros, son causa (o efecto) de los cambios producidos en estos otros y son, por tanto, significativos para ellos.

Solo con relación al hombre puede el objeto adquirir el status de valor. Es cierto que desde el punto de vista biológico un determinado fenómeno puede ser positiva o negativamente significativo para uno u otro organismo. Pero esto no convierte aún a dicho fenómeno en valor, ya que los valores se determinan solo por las necesidades humanas. Los valores son expresión del ser social de los objetos y fenómenos. Sin el hombre, sin la sociedad no hay ser social ni hay valores. Un objeto puede ser significativo para otro, pero valor puede ser solo en relación con el hombre, solo cuando afecta directa o indirectamente sus necesidades. Por eso, cuando se habla de significación como objeto de las relaciones valorativas, siempre debe hablarse de significación social o significación para el sujeto, es decir, siempre debe relacionarse con el hombre o la sociedad.

La selectividad en el reflejo del mundo circundante es inherente, incluso a los más primitivos organismos. La irritabilidad, consistente "...en la capacidad del organismo de responder con procesos específicos a una u otra influencia vitalmente significativa..."⁸, está presente en toda la materia viva de tal forma, que incluso en los organismos unicelulares podemos encontrar, dentro de determinados límites, reflejo de significación. Más aún, la significación es base y condición necesaria del reflejo del mundo circundante por parte de los animales y plantas. Ellos solo reaccionan bien ante aquellos estímulos que son vitalmente significativos por sí mismos, o ante aquellos que de alguna forma están relacionados con ellos o lo señalizan.

Sin embargo, del hecho de que en el mundo animal haya reflejo de significación no se deduce que ya allí exista valoración. (Nótese que aquí estamos hablando ya de valoración como forma de reflejo de la realidad y no de valor, cuya inexistencia fuera de los marcos sociales ya fue argumentada.) Evidentemente, unido a los rasgos comunes en el reflejo de la realidad, existe una enorme diferencia cualitativa entre aquellos procesos, consecuencia de los cuales se produce el reflejo selectivo de la realidad por parte de los animales y los complejos procesos valorativos inherentes solo al hombre. La valoración presupone no solo el reflejo de la significación del objeto para el sujeto, sino además su concientización, la asimilación de la relación entre las necesidades propias y los objetos que la satisfacen. Valorar puede solo el hombre poseedor de conciencia y autoconciencia. La conducta selectiva de los animales tiene en su base un carácter instintivo, es decir, está condicionada por necesidades biológicas y no es, como en el hombre, resultado de la actividad de la autoconciencia. El hecho de que aquí y allá encontremos reflejo de significación solo reafirma el postulado científico de que, como otros procesos subjetivos, la valoración tiene en el mundo animal su germen y su prehistoria.

⁸ A. N. Leontiev: *Problemas del desarrollo del psiquismo*. Moscú, 1981, p. 53 (en ruso).

La causa de que en determinadas ciencias (tales como la biología, por ejemplo) se utilicen los conceptos valor, valoración, etc., reside en que el hombre, a veces, cuando refleja las relaciones entre los objetos, o entre los organismos vivos, se apoya en conceptos que están llamados a expresar solo relaciones entre los hombres o entre estos y los objetos que los rodean. En tales casos estamos en presencia de una antropomorfización de relaciones que no son humanas.

Realmente, cuando en la conciencia del individuo se refleja la significación de un objeto para otro objeto, o para un organismo vivo, o incluso para otro hombre, estamos en presencia no de la valoración en sentido propio, sino del conocimiento de la influencia de un hecho sobre otro. Con esto el individuo no expresa sus propias necesidades, lo cual constituye un rasgo distintivo de la relación valorativa con la realidad. Es cierto que, por su forma externa, los juicios cuyo contenido lo constituye el reflejo de la significación de un objeto para otro, se asemejan a los juicios valorativos ya que en ellos a veces se utilizan conceptos valorativos como útil, provechoso, bueno, etc. Tal parecido externo se explica por el hecho de que el hombre es capaz de reflejar no solo las relaciones en las cuales él está incluido, sino también las relaciones "ajenas", en las cuales no participa directamente. Para esto el hombre proyecta, extrapola, sus propios conceptos; no conduce a consecuencias negativas serias en una u otra ciencia concreta; su generalización filosófica presupone, como señala I. D. Granin, "...o la extracción de los valores de los marcos de las relaciones sujeto-objeto, o la extrapolación de las categorías sujeto y objeto a otras formas inferiores de movimiento de la materia, lo cual constituye un enfoque demasiado amplio del contenido de la categoría valor".⁹

La posibilidad de clasificación de los hechos, acontecimientos o circunstancias por su significación o valor con ayuda

⁹ I. D. Granin: "Conocimiento social y valoración". *La creación y el conocimiento social*. Moscú, 1982, p. 119 (en ruso).

de las máquinas computadoras nadie lo discute. Esto no solo es posible; sino también necesario para el desarrollo ulterior del "intelecto artificial". Pero así y todo, esto no dice nada acerca de la posibilidad de extender la categoría valor fuera de los límites de las relaciones humanas. Está claro que estas máquinas son creadas por el hombre para que le sirvan. Por eso, la significación y el valor, utilizados como criterio para la clasificación de los hechos, son tales con relación no a la máquina, sino al hombre. La misma máquina no posee necesidades (en el sentido humano de la palabra). En el mejor de los casos, ella solo puede expresar las necesidades de los hombres, y sobre esta base clasificar los acontecimientos y circunstancias por su valor. En este sentido actúa como medio complementario o eslabón intermedio en la relación valorativa del hombre con la realidad.

De tal forma, los valores no existen fuera de las relaciones sociales, fuera de la sociedad y el hombre. Como todo fenómeno social, los valores poseen un carácter histórico-concreto. Aquello que antes no poseía significación para la sociedad, la adquiere ahora; muchos objetos que durante largo tiempo se consideraban valores pueden dejar de serlo; un mismo fenómeno, poseyendo gran nivel de significación en un país, puede ser completamente insignificante en otro.

Como se ha dicho, el valor de un objeto está determinado por las necesidades sociales. Pero estas necesidades constantemente cambian, se desarrollan en dependencia de las condiciones concretas de existencia de los hombres, del nivel de producción material alcanzado.

Las mismas "...necesidades naturales, el alimento, el vestido, la calefacción, la vivienda, etc., varían con arreglo a las condiciones del clima y a las demás condiciones naturales de cada país. Además, el volumen de las llamadas necesidades naturales y el modo de satisfacerlas son de suyo un producto histórico que depende, por tanto, en gran parte, del nivel de cultura de un país y, sobre todo, entre otras cosas, de las

condiciones, los hábitos y las exigencias..."¹⁰ El valor es, por tanto, un concepto que, por un lado, expresa las necesidades cambiantes del hombre, y, por el otro, fija la significación social positiva de los fenómenos naturales y sociales para la existencia y el desarrollo progresivo de la sociedad.

De aquí el carácter histórico-concreto de los valores, para cuya determinación es necesario un conocimiento verídico de las tendencias generales del desarrollo sociohistórico y el carácter de su manifestación en las condiciones concretas de una u otra época y de uno u otro país. Por eso, como criterio universal para la determinación de los valores actúa *el progreso social*. Aquello que favorece el desarrollo progresivo de la sociedad constituye un valor, aquello que lo dificulta y obstaculiza representa un antivalor. En las condiciones contemporáneas los valores se determinan, ante todo, por el proceso fundamental de nuestra época: el paso del capitalismo al socialismo a escala mundial. Por esta razón, tales fenómenos como el neocolonialismo, la agresión, el intercambio desigual, la carrera armamentista, la militarización del cosmos, etc., que poseen una significación positiva para determinados grupos de las clases explotadoras, objetivamente representan antivalores, ya que se contraponen al progreso social y, en parte, amenazan la supervivencia misma de la sociedad.

En este sentido gran importancia metodológica poseen los postulados leninistas acerca del criterio de moralidad. Los razonamientos de Lenin a este respecto son aplicables no solo al análisis de los valores morales, sino también para la comprensión del criterio de determinación de cualquier valor social.

"Decimos: es moralidad lo que sirve para destruir la antigua sociedad explotadora y para agrupar a todos los trabajadores alrededor del proletariado creador de la nueva sociedad comunista (...) Es moralidad comunista la que sirve para esta lucha, la que une a los trabajadores contra toda explotación..."

¹⁰ C. Marx: *El capital*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, t. 1, p. 133.

“No creemos en la moralidad eterna y denunciamos el embuste de todas las fábulas acerca de la moralidad. La moralidad sirve para que la sociedad humana se eleve a mayor altura, para que se desembarace de la explotación del trabajo (...) La base de la moralidad comunista está en la lucha por afianzar y culminar el comunismo.”¹¹

En la sociedad dividida en clases antagónicas, las representaciones de los valores en los individuos con diferente pertenencia de clase son, por lo general, diametralmente opuestas entre sí. Esto no es simplemente una subjetivización de los valores en correspondencia con las necesidades e intereses de cada grupo social. Los objetos pueden poseer al mismo tiempo una significación objetivamente positiva para unos hombres y una significación negativa no menos objetiva para otros. En la conciencia de los primeros estos objetos son representados como valores, mientras que para los segundos ellos son antivalores. Sin embargo, el asunto radica en si son realmente estos objetos valores sociales objetivos, o lo que es lo mismo, en si poseen significación positiva para el desarrollo progresivo de la sociedad. Por eso es necesario diferenciar los verdaderos valores objetivos de la realidad de aquellos que subjetivamente son tomados como tales y que son resultado y expresión de necesidades e intereses no coincidentes con las necesidades e intereses de la sociedad. En la misma medida en que las necesidades sociales de una u otra clase, grupo social o persona expresan las tendencias generales del desarrollo histórico-social y su proyección se corresponde, por tanto, con el progreso de la humanidad; en esa misma medida, las representaciones de los valores de esos grupos y personas coinciden con los valores objetivamente reales.

Pero lo general existe solo a través de lo particular. Por eso las tendencias generales del desarrollo de la sociedad se manifiestan de diferente forma en dependencia de las condi-

¹¹ V. I. Lenin: “Tareas de las organizaciones juveniles”. *Obras escogidas* en 12 tomos. Editorial Progreso, Moscú, 1977, t. 11, pp. 214-215.

ciones concretas del lugar y el tiempo, en dependencia de las particularidades de cada época y cada país.

Cuando la burguesía era aún una clase progresista, revolucionaria, sus ideas acerca de los valores, en sentido general, se correspondían con los valores objetivos. En la actualidad, sin embargo, esas mismas ideas no solo no se corresponden con los verdaderos valores sociales, sino que frecuentemente se contraponen a estos. El modo capitalista de producción desempeñó en su tiempo un enorme papel en el desarrollo progresivo de la humanidad. Nunca antes las fuerzas productivas de la sociedad se desarrollaron a tal ritmo como en el capitalismo. Esto determinó la significación positiva del nuevo modo de producción y de las mismas relaciones sociales capitalistas en comparación con las formaciones económico-sociales anteriores; es decir, las particularidades de la nueva formación representaban valores para la sociedad. Sin embargo, ya hace tiempo que el modo capitalista de producción dejó de desempeñar un papel positivo en el desarrollo de la sociedad; las relaciones sociales capitalistas en la actualidad más bien frenan el desarrollo de las fuerzas productivas. En la conciencia del capitalista, el modo de producción sigue siendo valor, ya que para él este conserva su significación positiva; pero objetivamente, desde el punto de vista del progreso social, las relaciones capitalistas de producción, al no corresponderse ya con las necesidades de la sociedad, han dejado de ser valor para convertirse en antivalor.

El hecho de que el criterio objetivo de los valores lo constituya el desarrollo progresivo de la sociedad evidencia la existencia de determinada jerarquía de los valores. A pesar de que el rasgo distintivo de cualquier valor radica en que este favorece el progreso social, no todos los valores cumplen esta función en igual medida. La revolución social, por ejemplo, representa un valor mucho más importante que el valor estético de una u otra obra en determinada esfera concreta en el arte. En ambos casos el fenómeno dado influye positivamente sobre el progreso de la sociedad, pero el grado de esta

influencia es incomparablemente mayor en el caso de la revolución social. Esta constituye "...un potente motor del progreso social y político".¹²

Marx llamó a la revolución "la locomotora de la historia". Quiere decir que el exponente objetivo del lugar que ocupa cada valor en el sistema jerárquico de valores, en las condiciones concretas de determinada sociedad, lo constituye el grado de su influencia sobre el progreso social. Por supuesto, tal sistema jerárquico no permanece inmutable siempre y en cualesquiera condiciones, este se desarrolla, cambia constantemente. En dicho sistema cambian frecuentemente de lugar los valores en dependencia del curso de los acontecimientos, del contenido y carácter de las necesidades sociales. La capacidad de determinar la estructura del sistema de valores (según su importancia) en las condiciones concretas de la época y el país constituye una condición necesaria para la fundamentación correcta de la estrategia y táctica de los partidos comunistas y obreros en su lucha por la revolución socialista, en la construcción del socialismo y el comunismo. En esto consiste una de las causas de la importancia y necesidad de la elaboración del problema de los valores, su tipología y jerarquía para la filosofía marxista-leninista.

El primer valor, "el capital fundamental", según expresión de Marx, es el propio hombre. El hombre constituye la principal fuerza productiva de la sociedad. El desarrollo pleno del hombre constituye el "autoobjetivo" de la historia y el "verdadero reino de la libertad".¹³

Todos los conceptos que hemos estado utilizando frecuentemente en este trabajo, como son significación, valor, progreso, etc., se refieren, ante todo, al hombre, sirven para caracterizar su vida, su felicidad, el grado de satisfacción de sus necesidades.

Es por eso que el hombre constituye el principal valor; todos los demás valores giran alrededor de él, sirven para el

¹² C. Marx y F. Engels: *Obras*, t. 8, p. 38 (en ruso).

¹³ *Idem*, t. 25, p. 387.

mejoramiento y enriquecimiento de la vida del hombre, para el perfeccionamiento de la sociedad humana.

En cuanto al resto de los valores, a primera vista puede parecer que, como las relaciones económicas son las determinantes en el desarrollo social, los valores económicos deben ocupar los escalones superiores en el sistema de valores de la sociedad y todos los otros valores (los sociales, políticos y espirituales) deben ser derivados de los primeros ocupando un plano secundario en la pirámide jerárquica de valores sociales. Tal representación del sistema de valores es, en sentido general, correcta, si abordamos la sociedad en su conjunto y hacemos abstracción de su situación histórico-concreta. Ciertamente, el hombre debe ante todo comer, vestirse, poseer una vivienda para después ocuparse de la política, de la cultura espiritual, etc. Por esta razón los bienes materiales constituyen, en el plano histórico general, los valores primarios y principales. C. Marx decía que "...el hombre necesitado, cargado de preocupaciones, es *insensible*, incluso, con relación al más hermoso espectáculo..."¹⁴ En aquella sociedad donde impera la miseria y el hambre, donde las más elementales necesidades del hombre permanecen insatisfechas, donde el principal problema es el de la misma supervivencia del hombre, en esa sociedad son relativamente poco significativos tanto los valores estéticos, como otros valores espirituales de la humanidad, aunque con esto no cambia la significación que ellos puedan tener como patrimonio de la cultura universal. Por todo esto podemos decir que el estado de las necesidades sociales determina el significado que poseen los valores para el progreso social, y por la misma razón también podemos decir que, desde el ángulo de la perspectiva histórica, los valores económicos, es decir, los valores más directamente relacionados con la satisfacción de las necesidades materiales del hombre, seguirán ocupando una posición de primer orden.

Sin embargo, no debemos enfocar estos postulados de la teoría marxista de la sociedad de manera abstracta, aislados de

¹⁴ *Idem*, t. 42, p. 122.

las condiciones concretas que diferencian entre sí a las distintas épocas y países.

Es cierto que el hombre debe, ante todo, comer, vestirse, poseer una vivienda, para después ocuparse de la política; pero también es cierto que en determinadas condiciones el hombre comienza a ocuparse de la política precisamente por no poseer (al menos, suficientemente) que comer, con que vestirse, ni donde vivir. Los valores siempre son concretos y están históricamente determinados. Por eso, cuando nos referimos al sistema de valores de la sociedad desde el punto de vista del grado de su influencia sobre el progreso social, es necesario concentrar nuestra atención en las circunstancias objetivamente existentes en las condiciones concretas del momento dado. Es conocido que con el desarrollo de la sociedad pueden saltar a un primer plano, indistintamente, diferentes tareas, ya sean las económicas, las sociales, las políticas o las espirituales. Por esta razón, a pesar de la regularidad general del desarrollo social consistente en el papel determinante de la base económica, en determinado momento concreto de este desarrollo en valores de primer orden (determinantes para la etapa dada) pueden convertirse no solo los económicos, sino también los valores sociales, políticos e, incluso, los espirituales o de tipo ideológico.

Un ejemplo claro que confirma las ideas aquí esbozadas lo constituye el propio proceso de la Revolución Cubana, tomado en sus diferentes etapas. Después del cuartelazo de 1952, en Cuba surge una situación revolucionaria. La principal tarea de ese entonces consistía en el derrocamiento del régimen dictatorial de Batista y en el establecimiento de un Estado democrático-revolucionario que respondiera a los intereses de las amplias masas populares. Es decir, la principal tarea estaba relacionada con el problema del poder y por lo tanto representaba una tarea política. Todo lo que contribuyera a esta lucha representaba un valor para la sociedad, y no simplemente un valor, sino un valor primordial en la situación dada. Incluso determinadas acciones que, por su carácter, eran antieconómi-

cas (huelgas, sabotajes, destrucción de los medios de transporte en las zonas de combate, etc.), dirigidas al debilitamiento del fundamento económico del poder de la dictadura, poseían una significación positiva y, por lo tanto, eran valiosas en las condiciones creadas en nuestro país.

Un cuadro bien distinto surge después de la victoria del 1ro de enero de 1959. Entonces en el centro de la atención se encontraban las transformaciones *sociales*, por cuya realización largo tiempo luchó el pueblo cubano. Estas transformaciones estaban relacionadas con la materialización práctica de los derechos elementales del hombre: el derecho al trabajo, a la vivienda, a la educación, a la salud. La Revolución Cubana creó grandes valores sociales, que en el momento dado señalaban la dirección del progreso social para el pueblo cubano. En la actualidad las tareas *económicas* se encuentran en un primer plano. Esto está relacionado con la construcción de la base material del socialismo, con la introducción y afianzamiento de las formas socialistas superiores de relaciones económicas. "El objetivo fundamental del desarrollo económico y social del país —se subraya en el Informe Central al II Congreso del Partido— es culminar la construcción de la base técnico-material del socialismo mediante la industrialización socialista y la elevación sostenida de la eficiencia de la producción social; la evolución progresiva de la economía hacia una estructura racional de la producción que posibilite un crecimiento relativamente alto y sostenido; el desarrollo de la especialización, la cooperación y la integración económica, tanto internas como externas; la satisfacción creciente de las necesidades materiales y espirituales del pueblo y la formación integral del hombre.." ¹⁵

Puede observarse aquí el predominio de las tareas económicas. Sin embargo, esto en ningún momento significa la subvaloración de otras tareas y otros valores. El desarrollo socialista se distingue por su carácter integral, proyectándose a todas las esferas de la vida social.

¹⁵ Informe Central. II Congreso del Partido Comunista de Cuba. Editora Política, La Habana, 1980, p. 52.

Como consecuencia se integran en un mismo flujo las tareas de la creación de la base material del socialismo y el comunismo, la conversión paulatina de las relaciones sociales, primero en socialistas y después en comunistas y la formación del hombre nuevo con una conciencia comunista altamente desarrollada.

Precisamente esto tenía en cuenta nuestro Comandante en Jefe Fidel Castro cuando en el IV Congreso de la UJC planteaba que el crecimiento de las riquezas y la base material debía estar acompañado por el crecimiento de la conciencia, para que no surgiera el fenómeno negativo de que el desarrollo de la conciencia se retrasara con respecto al desarrollo material.¹⁶

Existen, por último, determinados períodos del proceso revolucionario cuando las tareas de carácter cultural alcanzan un gran significado. Tal es el período de la revolución cultural. En él los valores *espirituales* alcanzan los primeros planos incluyéndose dentro de los valores mas importantes de la nueva sociedad socialista.

¹⁶ Véase Fidel Castro: "Discurso en la clausura del IV Congreso de la UJC". Ediciones OR. Editora Política, La Habana, abril-junio, 1982, pp. 9-51.